



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Aclama al Señor tierra entera". Es un verso del salmo 99 (100) con el que se abre la celebración eucarística de este domingo. La Comunidad Cristiana, reunida en torno a Cristo y saboreando su presencia, se siente llena de gozo de ahí que pida al Dios del cielo que *"exulte siempre al verse renovada y rejuvenecida en el espíritu"* (or. colecta) por la paz que Jesús resucitado le regala, por los signos de su triunfo que le muestra y, particularmente, porque le abre el entendimiento para que comprenda que *"el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén"*. Es el saber que crea testigos.

La Biblia en su totalidad revela, misteriosamente a Dios y su designio de salvación en favor nuestro. De ahí las diversas posibilidades de acercarnos a ella:

1º Adueniándonos del texto. Es decir: estudiarlo para un mero testimonio verbal, como argumento autoridad y de saber, sin someterse a lo que dice a fin de obrar de acuerdo con lo que se nos revela. Se obtendrá ciencia bíblica, pero no ofrecerá un testimonio útil. El propio del testigo. No estamos llamados a adueñarnos del texto sino a ponernos a su disposición; al estilo de María (Lc 1,38)

o bien

2º Poniéndonos a su servicio.

Para llevarlo a cabo hay que ser consciente de que el libro que tenemos en las manos, por contener la palabra de Dios, es tierra sagrada y hay que acercarnos a él, no solo con corazón de pobre sino también sobre-

cogidos; como aconteció a Moisés ante la zarza del Sinaí. La finalidad es ponernos a su servicio, porque la revelación ha de ser asimilada, no meramente investigada y, para ello, Jesús nos abre, como se nos dice en el evangelio de hoy, el santuario de la comprensión que lleva a un saboreo interior.

Siguiendo este camino, se van descubriendo unos criterios que, como lazarillos, nos van guiando:

El criterio de la obediencia

Leemos las Escrituras para obedecerlas y ponerlas en práctica. La Escritura no se entiende hablando de ella, o quedándose en un mero estudio. La invitación que se nos hace es la de ponerla en práctica; es decir: amar como Cristo nos amó. Es la mejor exégesis que se puede hacer de lo que Dios nos dice. En un dicho de los padres del desierto se lee: *"Un hermano no tenía más que un evangelio. Lo vendió para alimentar a los pobres. Y entonces dijo para explicar el gesto: 'Vendí la misma Palabra que me habla y dice: Ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres'".* Es la comprensión de la fe que basa su fuerza en la obediencia del amor.

El criterio de la eclesialidad

Necesitamos leer la Biblia tal como nos ha sido transmitida por la Iglesia, sin añadir ni quitar nada. Lo que hace falta es la humildad de quien sabe que no está solo, ni es el primero ni el único en interpretarla. Se es consciente de estar inserto en una gran historia, en una larga tradición de interpretación de la Escritura y rodea



do por una densa nube de testigos: los santos.

El estudio de la Biblia debe alejarse del elitismo, del sectarismo y de la explicación privada (Dei Verbum 21), porque la Iglesia es su marco.

El criterio de la cruz.

En el Antiguo Testamento, el siervo sufriente de YHWH es aquel que escucha la Palabra, dejándose despertar cada mañana por ella sin ofrecer resistencia (cf. Isaías 50,4-6). En el Nuevo Testamento es Jesús, como Cordero inmolado (Apocalipsis 5,6), quien logra abrir el libro, desatar sus sellos y ofrecer pautas de interpretación (cf; Apocalipsis 5,1-5; 6, 1 ss.). Es necesario llegar a ser servidores de la Palabra (Lucas 1,2) entrando en el régimen del sufrimiento del Siervo, es decir, aceptando llevar la cruz cada día. Ésta es la pobreza radical a la que lleva progresivamente el conocimiento sapiencial de la Palabra que, cual precioso rocío, desciende del cielo dando vida a quien lo acoge.

El criterio de la alabanza

Creados para alabar, la alabanza es ante todo una confesión de la grandeza de Dios y las palabras adecuadas, las que Él espera, siempre las encontraremos en los salmos. San Agustín afirmará que *"nadie puede considerarse idóneo para el reino de los cielos sin que previamente se haya ejercitado en la alabanza al Señor en la tierra"*. Son palabras de vida que se ponen en nuestros labios a fin de que nos acomodemos a ellas.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Salmo 4, 2. 7. 9 (R.: cf. 7)

Escúchame cuando te invoco,
Dios, defensor mío;
tú que en el aprieto me diste anchura,
ten piedad de mí y escucha mi oración.

7 Hay muchos que dicen:

«¿Quién nos hará ver la dicha,
si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?».

9 En paz me acuesto y en seguida me duermo,
porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo.

Los salmos son un tesoro que Jesús conoció, meditó, oró, amó y lo entregó a la Iglesia a fin de alimentar una relación de intimidad orante. San Juan Crisóstomo afirmará que *“la oración es un vínculo de amor a Dios que desarrolla en nosotros el hábito de conversar con él”*.

Al salmo cuarto, utilizado por la liturgia de este domingo como respuesta a la lectura primera, bien se le podría llamar de las **buenas noches**. De hecho, desde la antigüedad cristiana se encuentra formando parte de la última oración de la jornada, la que brota del corazón de la Iglesia, en el oficio de Completas, antes de retirarse al descanso en los brazos del silencio de la noche.

Es la hora de repasar el día que se acaba desde la serenidad interior, una vez aquietado el corazón como fruto de la certeza de que el Señor ha estado a nuestro lado combatiendo en favor nuestro.

Es una plegaria en la que la súplica y la alabanza se van entretejiendo en el corazón del orante, como fruto de una atmósfera de confianza en el Dios que el

salmista respira y le da vida.

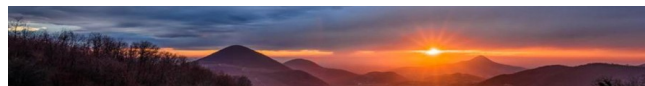
Esto hace que se siente en paz al acostarse y se quede dormido (v. 9). Es testigo privilegiado de las atenciones de Dios, y su mensaje de serenidad supera la peor de las oscuridades fruto de la incertidumbre en la que se pueda vivir. Las Laudes matutinas del Sábado Santo lo pone en boca de Jesús. Concluida su obra, como aconteció con la primera creación, Cristo descansa envuelto en el sudario de la muerte en la espera de un nuevo amanecer.

Se inicia con un lamento que refleja ansiedad e inquietud, como fruto de sentirse aprisionado, pero abierto a horizontes de esperanza debido a las experiencias ya vividas. De ahí la afirmación que hace: *“tú que en el aprieto me diste anchura”*.

Con su modo de proceder, el Altísimo muestra caminos luminoso de felicidad que recuerdan la vida nómada de los orígenes de Israel, en los que se respiraban aires de libertad y se disfrutaba de grandes espacios abiertos. Es esta experiencia gozosa la que le mueve a seguir dirigiéndose a quien sabe que es su defensor.

La situación en la que ahora se vive, y que se refleja en esta plegaria, es mucho más dura que la más oscura de las noches. Muchos llegan a decir que ya no es posible la dicha porque, en lenguaje popular, Dios brilla por su ausencia. Pues a pesar de la falta de salida a la situación en la que se encuentra, el salmista está en paz. Es la dicha de la resurrección de Jesús.

Rumiando el salmo a la luz del misterio pascual de Cristo, florece esta oración: *«Es una don de tu santa voluntad, oh Señor, que pueda acostarme en paz y despertar sereno...»*. Es lo que vivió el Señor en el misterio del Sábado Santo.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

III Domingo de Pascua “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice:

—«Paz a vosotros».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

—«¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió:

—«Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».